



Revista de Ciencias Ambientales (Trop J Environ Sci). EISSN: 2215-3896.

1992. Vol 8(1): 83-87.

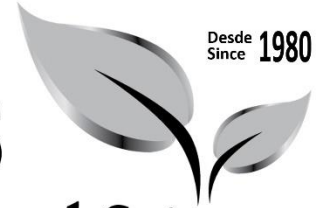
DOI: <http://dx.doi.org/10.15359/rca.8-1.10>

URL: www.revistas.una.ac.cr/ambientales

EMAIL: revista.ambientales@una.cr

Eduardo Mora

Revista de CIENCIAS AMBIENTALES Tropical Journal of Environmental Sciences



El atasco del discurso ambientalista

The jam of the environmentalist discourse

Eduardo Mora



Los artículos publicados se distribuyen bajo una Creative Commons Reconocimiento al autor-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY NC SA 4.0 Internacional) basada en una obra en <http://www.revistas.una.ac.cr/ambientales>, lo que implica la posibilidad de que los lectores puedan de forma gratuita descargar, almacenar, copiar y distribuir la versión final aprobada y publicada (*post print*) del artículo, siempre y cuando se realice sin fines comerciales y se mencione la fuente y autoría de la obra.

EL ATASCO DEL DISCURSO AMBIENTALISTA (Setiembre-1991-Recepción del artículo)

Eduardo Mora Castellano; Dr.¹

Preámbulo:

El reciente aumento abrupto y exponencial de la desarmonía entre el hombre y la naturaleza (expresado en la escasez de recursos naturales importantes, en la contaminación del entorno, en el socavamiento de la diversidad biológica y en la aniquilación de la belleza de muchos paisajes) ha llevado a las sociedades afectadas a considerar la relación hombre-naturaleza con especial interés y empeño. Estos se manifiestan muy destacadamente en el ámbito científico, donde tal relación ha pasado a ser un tema en sí de estudio, y ya no como antes, cuando sobre cada uno de los términos -hombre y naturaleza- los discursos que se articulaban eran, generalmente, independientes.

Poco a poco, pues, desde la posguerra, se ha ido gestando un nuevo objeto de estudio y de reflexión en el campo de la ciencia y el pensamiento. Los preocupados estudiosos se han precipitado sobre el tema desde diversos tinglados teórico-metodológicos, contribuyendo, sin proponérselo y "babélicamente", al despunte de lo que presumiblemente ha de llegar a ser una perspectiva científica ambientalista, un nuevo paradigma científico. Pero hasta ahora con lo que se cuenta sólo es con aportes dispersos metodológica y teóricamente, ocupando el lugar de mayor dignidad entre ellos la Ecología.

Sobre el discurso ambientalista general y las perspectivas científico-naturales particularistas que tratan problemas ambientales:

Aquí se parte de que el ambiente es la interacción o relación entre la sociedad y la naturaleza, de que esta relación es conflictiva -es unidad de opuestos- y de que no es azarosa o caótica, sino que tiene un orden -no esclerotizado, dinámico. El ambiente tiene una estructura y un funcionamiento.

El discurso ambientalista, entendido como el que tiene por tema la estructura y funcionamiento de la relación hombre-naturaleza en su conflictividad, está ya agotado porque no hace más que repetirse. Lo único que renueva es ilustraciones, es decir, buenas reseñas de casos o situaciones puntuales de la relación sociedad-naturaleza hechas por investigaciones científico-naturales muy particularistas. En torno a tales casos puntuales aquel discurso lo que hace es repetir sus interpretaciones ya estereotipadas, con variaciones ligeras.

El discurso ambientalista sólo conserva pujanza en tanto acción (en tanto retórica movilizadora, retórica para la acción social), dado que por la actividad

¹ Profesor, Escuela de Ciencias Ambientales, Universidad Nacional.

material que genera es puja efectiva por la armonización de la relación del hombre con la naturaleza, y por eso conserva socialmente legitimidad y vigencia. Y, ciertamente, estas últimas se acrecientan en este fin de siglo al convertirse aquel discurso en artículo de uso masivo en el que se encuentran grupos sociales antes contrapuestos (izquierda y derecha, por ejemplo), en el que muchos sujetos realizan su caridad y otros su misión social en un mundo casi de repente deshabitado por utopías e ideologías entradas en bancarrota.

El estancamiento del discurso ambientalista se remota a unos tres lustros, tanto del discurso que se expresa en manifiestos contestarios y en proclamas políticas como del dado en los ámbitos científico y universitario, que es el que aquí interesa. Las perspectivas científicas particularistas de corte físico-biológico (o sea, aquellas que se concentran en fenómenos particulares o estrechamente circunscritos no preocupándose por lo general, por la enunciación de leyes que vayan más allá de un muy delimitado campo de investigación, y que a la vez están adscritas a las ciencias Física y Química y a la ciencia de la Biología) que estudian conflictos de la relación del hombre con la naturaleza sí continúan su desenvolvimiento dinamizado en parte por el movimiento social ecologista, el cual no deja a su vez de ser dinamizado -como retroalimentación- por la reproducción continua del discurso ambientalista estancado, cuyos efectos machacantes no cesan.

Pareciera que no hay más que decir sobre la estructura y funcionamiento de la relación sociedad-naturaleza en su conflictividad. La especulación intelectual en torno a esto no genera novedades acaso por carecer de esa matriz inescamoteable de la investigación científica que es la unidad constituida por objeto de estudio, metodología de investigación y teoría; es decir, por ser una especulación a la deriva, sin aquella Trinidad que la guía; por ser alimentada por productos de otras investigaciones los cuales no acaba de asimilar en un cuerpo suyo que pudiera tener el estatuto científico de teórico, por intentar producir datos y conocimientos en base a ninguna metodología consistente y sin un objeto delimitado.

Los discursos que no se agotan, valga la insistencia, son los de las perspectivas científicas particularistas de corte físico-biológico que estudian aspectos muy delimitados de la relación hombre-entorno físico, desvelando conflictos puntuales y efectos de estos sobre el hombre o sobre la naturaleza: tales perspectivas suelen enfocar uno u otro de estos polos. Más estos estudios no se integran porque no hay dispositivo científico -la Trinidad dicha- que lo haga, no son órganos o partes de un sistema ni en su desarrollo -porque se realizan aisladamente- ni en su conclusión o producto; son solamente sumables, acumulables como presas en una cacería.

El discurso académico cuyo objeto es la estructura y funcionamiento de la relación sociedad-naturaleza en su conflictividad sigue siendo, sustancialmente, unos cuantos enunciados luminosos reeditados hasta la sociedad por los hablantes (llámense Sunkel, Leff, Sachs, PNUMA y asociados, etc.), y en lo atingente a referencias a problemas concretos, tal discurso ha consistido en explicaciones a partir de las reseñas hechas sobre ellos por las perspectivas científicas mentadas, interpretadas (tales reseñas) de acuerdo a teorizaciones meramente científico-sociales realizadas independientemente. (Algunos estudios, por cierto parapetados en el enfoque sistémico, se escapan limpiamente de este enjuiciamiento al permitir

vislumbrar, con su esfuerzo conceptual y metodológico, los aun vagos contornos de un continente científico coherente desde el que pudiera enfrentarse de nueva manera la relación sociedad-naturaleza. Este puede ser, por ejemplo, el caso del trabajo de R. Fernández presente en: E. Leff (coord.): LOS PROBLEMAS DEL CONOCIMIENTO Y LA PERSPECTIVA AMBIENTAL DEL DESARROLLO, Siglo XXI editores, México, 1980.)

Así como no se persigue que los sociólogos sean también demógrafos, estadísticos, psicoanalistas o semiólogos para entender y explicar hechos sociales, tampoco se trata de que los ambientalistas sean ecólogos, toxicólogos, ingenieros forestales o meteorólogos para dar cuenta de la estructura y funcionamiento de la relación hombre-naturaleza en su conflictividad. La clave para la comprensión y explicación de esta relación está en que la investigación ambientalista tenga un objeto rica y rigurosamente definido en el que los términos sociedad y naturaleza sean una unidad, una metodología de estudio consistente y flexible y una teoría cuya materia sea alimentada a partir de la coherencia entre objeto de estudio y metodología y que a su vez retroalimente a esta última y despeje y re-incida en la re-definición de aquel objeto. Luego, todo dato producido por las perspectivas científicas particularistas asociadas a la Física y a la Biología, referentes a la relación hombre-naturaleza podría y debería ser integrable en la perspectiva ambientalista. No solamente por la capacidad remodeladora de datos que habrían de tener para ello los ambientalistas no especialistas en las perspectivas científico-naturales gracias a estar orientados por la Trinidad dicha, sino también porque los sí especialistas en aquellas perspectivas particularistas producirían sus datos ya no al mero servicio de la creación de tecnologías o remedios particulares, ni ya ajenamente al paradigma ambientalista -el cual hasta ahora no goza del ser, a no ser del ser un falta- sino posiblemente improntados por la hipotética existencia de este; es decir, improntados por una concepción de la estructura y funcionamiento de la relación hombre-naturaleza en su conflictividad, que se desarrollaría a sí misma, en el sentido en que lo hace un sistema abierto (tiene una finalidad, interactúa con el exterior y se autorregula). Mas tal concepción no sería tal, ni por tanto capaz de trazar efectivas coordenadas conceptuales de inquisición o búsqueda en el campo que delimita y en el cual se mueven aquellas diversas perspectivas científicas particularistas, si no fuera o descansara sobre la Trinidad mentada.

Es sólo esta calidad la que podría conferir trascendencia a la retórica ambientalista convirtiéndola en perspectiva científica viva, y es sólo esa calidad la que podría integrar a las otras perspectivas particularistas científico-naturales en base a hacerlas moverse sobre unas coordenadas comunes que cada una de ellas, precisamente por particularistas que son, no define.

La Ecología es la madre de una perspectiva científica ambientalista que aun no goza del ser, pero no es bastante:

Desde la Ecología -además de su labor investigativa que elude la inclusión del hombre como variable y de la que lo incluye pero que es investigación particularista, o sea, enfocada a casos puntuales y que no permiten teorizar más allá de lo particular- se ha realizado un sobresaliente trabajo tendiente al desvelamiento de la estructura y funcionamiento de la relación sociedad-naturaleza, pero no se ha

mostrado la suficiente solvencia en la empresa debido a que esa ciencia es genética y biográficamente extraña a lo social, como luego se insistirá.

Fue en la mitad del siglo presente que la Ecología se desbordó de la Biología y, no sin perder cierto rigor, empezó a incorporar dentro de su estudio a la acción humana en los ecosistemas. Este golpe de mano fue motivado por el impacto violento que sobre el entorno físico provocó la revolución científico-técnica de la posguerra, que potenció dando mayor virulencia destructora a los procesos de transformación de la naturaleza, tanto los dados a través de la agricultura como de la industria y de la urbanización. Desde el cuartel de la Ecología, entonces, se llevaron a cabo articulaciones puntuales con otras ciencias para dar cuenta del más o menos renovado objeto de estudio, y de ahí se nutrieron, asimismo, movimientos sociales en defensa de una armonización en las relaciones con la naturaleza.

La Ecología tiene la virtud de contar con el concepto de sistema como piedra angular o columna vertebral suya, lo cual la faculta sobresalientemente para incorporar en sus análisis entidades que no son naturales pero que sí son interactuantes con la naturaleza y los ecosistemas: las sociedades humanas. La Cibernética, la Teoría de la Información y la Teoría General de Sistemas tuvieron su despegue y desarrollo (por cierto retroalimentándose recíprocamente) poco antes y simultáneamente a la remodelación mencionada del campo de estudio de la Ecología, y su influencia en este hecho es tan clara como logra verse en la obra del profesor Margalef (*PERSPECTIVAS DE LA TEORIA ECOLOGICA*, Editorial Blume, España, 1978; *Ecología*, Ediciones Omega, Barcelona, 1982), la cual, además, es ejemplo de excelente trabajo tendiente al conocimiento de la estructura y funcionamiento de la relación sociedad-naturaleza.

Más el continente teórico del que acaso más que desprenderse pende la Ecología es lo suficientemente ajeno a la problemática de la sociedad, de la cultura y del hombre, como para que la relación de estas tres entidades (no desagregables en la práctica, por cierto) con la naturaleza sea un objeto de estudio frente al que ella no resulte suficientemente solvente. La Ecología se acerca a este objeto por uno de sus flancos (el de la naturaleza), a continuación distingue a lo social en relación orgánica, sistémica, con lo natural, anuncia entonces la existencia de una "nueva" -o, más bien, desde su punto de mira, "modificada"- entidad, mas no logra pasar a dar cuenta cabal de esta por el hecho de que ella, la Ecología, desconoce lo social, que es uno de los dos componentes fundidos, y conoce "excesivamente" lo natural, por lo que en el examen de la unidad sociedad-naturaleza el acento queda puesto en el segundo término. Es entonces que la Ecología necesita generosos refuerzos conceptuales -provenientes de fuera de sí pero a pesar de eso fundibles orgánicamente con lo generado por ella- para lograr el desvelamiento de la estructuración y dinámica internas específicas de las situaciones concretas que se pretende sean sus objetos concretos de análisis. De lo contrario el desvelamiento es parcial, luego, falaz.

Ya puestos en el rumbo del conocimiento de la relación sociedad-naturaleza lo que conviene hacer es, a partir de la orientación "ecológico-sistémica" básica, renovar la definición del objeto de estudio enriqueciéndola de manera que en ella no primen acriticamente, por la mera fuerza de la inercia, aquellas categorías y modelos

provenientes del pensamiento ecológico tradicional, sino que los preeminentes sean los generados a través de un ininterrumpido esfuerzo por aprehender lo específico de ese objeto que sustancialmente se expresa como la estructura y funcionamiento de la relación sociedad-naturaleza. Es decir, un esfuerzo que se oponga a que los conceptos de cierta raigambre (raigambre ecológica, en este caso) pesen tanto que se vea perjudicada la aprehensión de, o conexión con, la especificidad del objeto de estudio, objeto que no es ni sólo ecológico ni sólo social, sino mestizo, híbrido, de nuevo tipo.

La efectiva integración de los términos que constituyen el renovado objeto ha de ser lograda no sumando conceptos provenientes de ciencias tanto naturales -la Ecología en primer lugar- como sociales, sino haciendo novedosas síntesis conceptuales y elaborando o redescubriendo aquellos otros conceptos que ya den cuenta del carácter integrado del objeto, del carácter unitario del mismo. A partir de eso y en forma simultánea (en una relación de retroalimentación: de hecho son un mismo proceso), habría de irse desarrollando una metodología de estudio rigurosamente correspondiente a tal objeto científico. Metodología que se vertebraría con ese objeto y al mismo tiempo con un cuerpo teórico cuyo desarrollo habría de ser fruto de la investigación y que ya se anticipa en la labor de definición del objeto, labor que es de desbrozamiento y compleja tejeduría conceptual.

Una perspectiva científica ambientalista -obviamente distinguible como unitaria en virtud de la correspondencia interna y unidad entre objeto de estudio, metodología y teoría- estaría previsiblemente más cerca de la Ecología que de otras ciencias, y nacería en gran medida bajo su impulso, tutela y auxilio, como también con el auxilio destacado de otras disciplinas pertenecientes a la Biología y a la Química, con el auxilio de la Economía, de la Geografía, de la Sociología y de ciertas perspectivas científicas ingenieriles que tratan aspectos, partes, segmentos, de la relación sociedad-naturaleza, como por ejemplo la Agronomía.